

El Sócrates de Nietzsche

María Antonia González-Valerio

La figura de Sócrates en *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche tiene un carácter ciertamente polémico. Tan polémico es el Sócrates racionalista como el Sócrates músico. El primero encarna la feroz crítica nietzscheana al racionalismo, el segundo encarna una de las propuestas más sugerentes y fructíferas en el pensamiento nietzscheano.

La crítica al racionalismo y la apuesta por una transformación radical de nuestra experiencia del mundo se entrelazan en esta obra temprana del filósofo alemán a través de la figura de Sócrates. Por ello, resulta de fundamental importancia preguntar ¿quién es Sócrates en *El nacimiento de la tragedia*? O más allá ¿qué representa Sócrates para Nietzsche? ¿Se trata acaso del Sócrates histórico, del Sócrates platónico o del Sócrates nietzscheano?

Creemos que el Sócrates representado en *El nacimiento de la tragedia* no es del todo el Sócrates platónico, sino más bien una sugerente metáfora a partir de la cual Nietzsche logra estructurar y presentar sus críticas y sus propuestas. Leer la figura de Sócrates como metáfora es lo que intentaremos hacer aquí, distinguiendo entre el Sócrates racionalista y el músico, los cuales representan dos vertientes distintas del pensamiento nietzscheano.

Para comenzar por Sócrates como expresión del racionalismo tendríamos que señalar que *El nacimiento de la tragedia* gira en torno a dos antítesis de orden radicalmente distinto, por un lado lo apolíneo y lo dionisiaco, y por otro, lo dionisiaco y lo socrático. No nos ocuparemos aquí de la primera antítesis: Dioniso y Apolo, sino de Dioniso y Sócrates.

Interpretar las antítesis desde el binomio razón-sinrazón conlleva una peligrosidad de índole reduccionista, que haría de Nietzsche un apologeta sin más del delirio y un detractor de la razón que se traiciona a sí mismo: la crítica a la razón se hace desde la misma razón. Por eso partiremos de la idea de que ni Dionisos es la sinrazón, ni Sócrates es la razón. Antes que un enfrentamiento razón-sinrazón, Nietzsche encuentra en esta antítesis, más bien en su resolución del lado socrático, la causa de la muerte de la tragedia.

La muerte de la tragedia, expresión de lo apolíneo y lo dionisiaco, se da cuando de ella se expulsa el elemento dionisiaco, y ésa era, para Nietzsche, la tendencia de Eurípides, pero esto sucedió sólo porque a través de él hablaba Sócrates:

También Eurípides era, en cierto sentido, solamente una máscara: la divinidad que hablaba por su boca no era Dioniso, ni tampoco Apolo, sino un demon que acababa de nacer, llamado *Sócrates*. Esta es la nueva antítesis: lo dionisiaco y lo socrático, y la obra de arte de la tragedia pereció por causa de ella.¹

La tendencia socrática en la tragedia se traduce en la sustitución de las imágenes apolíneas y de los éxtasis dionisiacos por pensamientos “fríos” y afectos “ígneos”, en vez de ser expresión del abismo y de lo insondable, la tragedia es ahora “inteligible” siguiendo la ley del socratismo estético: “Todo tiene que ser inteligible para ser bello”.² Separar a la poesía de los instintos, de las pasiones, tal parece ser el socratismo estético que habla en favor de una racionalidad orientada hacia una verdad y hacia un conocimiento definidos desde parámetros racionalistas, éstos que pueden identificar lo bello con lo verdadero-racional, que pueden condenar a la poesía por no ser “inteligible” y mucho menos “verdadera”.

Ése es, precisamente, el socratismo estético, ahí es donde Sócrates se erige como adversario de Dionisos, como asesino de la tragedia, como verdugo del dios. El socratismo estético es producto de ese Sócrates configurado, creado por Nietzsche, amalgama del Sócrates histórico, del platónico, de Aristóteles, de Descartes, de Kant: síntesis de lo que Nietzsche llamó racionalismo. Este Sócrates racionalista emerge en Nietzsche como monstruo, como una monstruosidad contrahecha a la que acusa de haber asesinado a la tragedia y en la que ve —tendríamos también que decirlo— el nacimiento de la “filosofía pura”. Esto porque el socratismo estético representa la brutal escisión entre filosofía y poesía, entre filosofía y tragedia: la tumba de Dioniso.

La separación entre filosofía y poesía está encarnada en el abismo que separa al socratismo estético del dionisismo estético; ahí está la antítesis: dos modos de concebir al arte y por ende dos modos de concebir a la vida. Nietzsche ensaya en *El nacimiento de la tragedia* una concepción del arte desde la óptica de la vida y una concepción de la vida desde la óptica del arte, eso es el

¹ Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo*. México, Alianza, 1995, p. 109.

² Cf. *ibid.*, p. 111.

dionisismo estético, frente al cual se erige Sócrates —y con él Platón— con una concepción del arte desde el racionalismo, desde el conocimiento. ¿Cómo afirmar que el socratismo estético consiste en una concepción del arte fraguada desde un ideal de conocimiento racionalista, cuando escuchamos en los *Diálogos* de Platón la afirmación —por boca de Sócrates— de que la poesía es producto de la inspiración divina? Precisamente por eso. Sócrates asevera que la poesía no es fruto del conocimiento,³ sino de la inspiración, de la posesión divina, del delirio.⁴ El poeta, a diferencia del filósofo, no puede argumentar ni contraargumentar porque su poesía no es fruto de la sabiduría.

Esta visión pretendidamente socrática, que escinde y que pone a la filosofía por encima de la poesía, es lo que Nietzsche condenaría del socratismo estético. Nietzsche ve en Sócrates el surgimiento de esa escisión y de esa condena. Una condena que bajo el nombre de socratismo estético podemos encontrar una y otra vez a lo largo de la historia de la filosofía. Ese es uno de los legados de Sócrates, al decir de Nietzsche, que encontramos, por ejemplo, ampliamente en Platón, quien a través de la figura de Sócrates —del Sócrates personaje de sus diálogos— cristaliza, sistematiza el socratismo estético: la poesía es juzgada con el baremo del conocimiento y por carecer de conocimiento y por no estar sustentada en el conocimiento es relegada, marginada.

Marginación de la poesía a favor de la filosofía, pues ¿qué otra manera tenía ésta, la filosofía, de distinguirse de la poesía, de erigirse como única portadora por derecho del estandarte de la verdad? Para Nietzsche, la marginación de la poesía en el ámbito del conocimiento se tradujo en la instauración del reino de la filosofía, de la filosofía pura, que trabaja con argumentos, con conceptos, que no es delirio, sino razón, pura razón, razón pura. El socratismo estético condena al arte porque lo que encuentra ahí es falta de inteligencia, de racionalidad, de explicaciones, de argumentos, de método, de verdad.

El arte, que es puro engaño, ilusión, falsedad es devaluado frente a la ciencia, la episteme, racional y metódica, eso es lo que Nietzsche vio en el socratismo. Y lo que Sócrates vio en el arte, al decir de Nietzsche fue:

[...] algo completamente irracional con causas que parecían no tener causas; además, todo ello tan abigarrado y heterogéneo, que a una mente sensata tiene que repugnarle, y que para las almas excitables y sensibles representa una mecha peligrosa.⁵

³ Cf. Platón, *Apología de Sócrates*, 22b.

⁴ Cf. Platón, *Ión*, 534b-c.

⁵ F. Nietzsche, *op. cit.*, p. 119.

¿Cómo no habría Sócrates de condenar al arte si las tres tesis socráticas señaladas por Nietzsche: la virtud es el saber, se peca sólo por ignorancia y el virtuoso es feliz; son precisamente de lo que carecía la tragedia, para la cual la moral es ajena a la vida?

La tragedia, dice Nietzsche, es pesimista por esencia, porque en ella no encontramos ninguna relación justa entre virtud, bondad y felicidad (no gratuitamente señala Ricoeur la esencia trágica del libro de Job).⁶ La tragedia muestra que la existencia es algo horrible, insensato, absurdo, que no hay una relación directa, causal entre la virtud y la felicidad, que el destino trágico está ya siempre, en cada caso, como en Edipo, más allá de nuestras manos.

No hay, pues, una relación causa-efecto en la tragedia, no hay un optimismo epistémico-racionalista, un optimismo socrático, de que conociendo, sabiendo, se puede escapar de la tragedia que es vivir humanamente. ¿No fue acaso Sócrates mismo testigo de esto, con su muerte injusta, trágica? Y al mismo tiempo podríamos decir que Sócrates justificó y explicó esto con el conocimiento.

En la visión nietzscheana el socratismo estético pide un cálculo matemático en la existencia, un cálculo que relacione sin contradicciones la culpa y el castigo, la virtud y la felicidad. Y lo que no cabía en este esquema, lo que no podía ser analizado conceptualmente, es decir, la tragedia, tenía que ser negado por el socratismo estético. Ya que ¿a qué análisis de las fórmulas culpa y castigo, virtud y felicidad se presta *Edipo rey*? Precisamente Edipo, paradigma del destino trágico, inevitable, incluso incuestionable.

Negar todo lo que no se puede analizar de manera conceptual, es, según Nietzsche, el socratismo estético, donde el pensamiento filosófico al crecer se sobrepuso al arte y sólo sobreponiéndose al arte pudo crecer. Destierro de la poesía del reino de la verdad y del conocimiento que se traducirían finalmente, en Platón, en la devaluación ontológica del arte entendido como *mimēsis*.⁷

Nietzsche asegura que el influjo de Sócrates se ha extendido sobre la posteridad como una sombra, porque la posteridad filosófica estuvo en gran medida marcada por el socratismo estético, ¿quién podría olvidar este socratismo estético en la condena platónica a las artes, quién podría dejar de ver la huella de ese Sócrates en Aristóteles, cuando éste señala que la tragedia es verosímil pero no verdadera?⁸ El socratismo estético también se hace pre-

⁶ Ricoeur asegura que el libro de Job implica una comprensión trágica de Dios: “¿No puede decirse que Job descubrió al Dios trágico, al Dios inescrutable del terror?” (Paul Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*. Madrid, Taurus, 1982, p. 464).

⁷ “[...] sus obras [de los poetas] que están a triple distancia del ser y que sólo componen fácilmente a los ojos de quien no conoce la verdad, porque no componen más que apariencias, pero no realidades” (Cf. Platón, *República*, Libro x, 599a).

⁸ Cf. Aristóteles, *Poética*, 1451b-1452a.

sente en Kant, sobre todo en Kant, quien siguiendo la tendencia de juzgar al arte desde la óptica del conocimiento anula todo sentido cognitivo en el juicio de gusto,⁹ anulando también al arte, el cual sólo existe en relación con el sujeto, sujeto de conocimiento, como acertadamente señaló Hegel,¹⁰ quien tampoco pudo escapar al socratismo estético al anunciar la superación del arte a favor del concepto.

Por eso decimos que Sócrates en *El nacimiento de la tragedia* funciona como metáfora con la que Nietzsche denuncia la separación entre filosofía y poesía, entre conocimiento y delirio. Metáfora con la que también denuncia y acusa a la filosofía en su versión racionalista, socrática, por no haber sabido comprender a la tragedia y con ella al arte en general como fuente de desfundamiento, como abismo insondable, pero también como conocimiento. O más bien por haberlo reconocido, y en su imposibilidad de poder aprehenderlo, explicarlo, haberlo negado. Negado porque el ojo ciclópeo de Sócrates no supo, no pudo descender al abismo. Y, sin embargo, podríamos decir que la poesía ha escapado, airosa, a los ataques de la filosofía.

Sócrates como enemigo y verdugo de Dionisos es, bajo el ojo nietzscheano, el destierro de la filosofía de un reino de sabiduría oculta al ojo ciclópeo: el del arte.

Pero en su denuncia del socratismo estético, Nietzsche no habría de renunciar a la filosofía ni tampoco al arte:

Y aun cuando es muy cierto que el efecto más inmediato del instinto socrático perseguía una descomposición de la tragedia dionisiaca, sin embargo una profunda experiencia vital de Sócrates nos fuerza a preguntar si entre el socratismo y el arte existe *necesariamente* tan sólo

⁹ Kant afirma que: "Para distinguir si algo es bello o no, nos referimos a la representación, no con respecto al entendimiento y al objeto de conocimiento, sino a la imaginación (quizás en conjunción con el entendimiento) y al sujeto y a su sentimiento de placer o dolor. Por ello, el juicio de gusto no es un juicio de conocimiento, y consecuentemente no es lógico sino estético, y por este último entendemos aquel cuya base determinante *no puede ser más que subjetiva*." (Immanuel Kant, *Critique of Judgment*. Nueva York, Hafner, 1951, § 1, p. 37. La traducción es mía).

¹⁰ Hegel afirma sobre el juicio de gusto kantiano que: "Pero este juicio [el teleológico] no expresa nunca más que un acto *subjetivo* de reflexión, y no da a conocer la naturaleza propia del objeto. Kant comprende del mismo modo el *juicio estético*. No proviene, en su opinión, ni de la razón como facultad de las ideas generales, ni de la percepción sensible, sino del juego *libre de la imaginación*. En este análisis de la facultad de conocer, el objeto no existe sino con relación al sujeto y al sentimiento de placer, o al goce que experimenta" (G. W. F. Hegel, "Introducción", en *Estética*. Barcelona, Altafulla, 1998, p. 24.)

una relación antipódica, y si el nacimiento de un “Sócrates artístico” es en absoluto algo contradictorio en sí mismo.¹¹

La relación antitética entre arte y socratismo encuentra su resolución —como sueño, como esperanza— en el Sócrates artístico, en el Sócrates músico, metáfora, ésta también, del conocimiento trágico. ¿Si Nietzsche ve en Sócrates el ocaso ve también en él la aurora? El Sócrates músico de Nietzsche, para decirlo con palabras de María Zambrano, es algo que “de no ser una alucinación nacida de una singular avidez, de un obstinado amor que sueña una reconciliación más allá de la disparidad actual, sería sencillamente la salida a un mundo nuevo de vida y conocimiento”.¹²

Conocimiento trágico porque aquel afán socrático de conocer, de conocerlo todo, de saberlo todo tiene que, a fuerza de tanto caminar, estrellarse con el límite, con el límite de lo esclarecible, y cuando el ojo ciclópeo de Sócrates mira al cosmos y no encuentra respuesta, mira al cosmos y se siente angustiado, anonadado, tiene que, dice Nietzsche, regresar al arte para soportar el peso atroz, insoportable, del absurdo del ser y de la existencia.

Conocimiento trágico, Sócrates músico, que en su afán por conocer siente y las pasiones lo rebasan, lo arrollan y lo desbordan. Sócrates músico que desciende hacia lo insondable y misterioso, que redime en la apariencia apolínea —sólo por la apariencia apolínea— los ínferos del ser, el sinsentido.

Y cuando la razón teórica no puede más, entonces Sócrates habla el lenguaje de Dionisos, Sócrates se ha convertido en músico, porque ahí donde esta razón revienta surge el arte como magia salvadora, como ilusión redentora, porque la necesidad trágica del arte se expresa al nombrar lo innombrable.

¹¹ F. Nietzsche, *op. cit.*, p. 123.

¹² María Zambrano, *Filosofía y poesía*. México, FCE, 1998, p. 14.